
a 00002 34001 4


LUX
LIBERTAS

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

PLAZA FUERTE

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS DE ANSORENA

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

PLAZA FUERTE

PLAZA FUERTE

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS DE ANSORENA

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 6 de Febrero de 1890



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

A LA PRIMERA ACTRIZ

Sra. Doña Balbina Valverde

SU ADMIRADOR Y AMIGO

Luis de Ansorena

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	SRA. VALVERDE.
ADRIANA	SRTA. RODRÍGUEZ.
EL BARÓN	SR. RUIZ DE ARANA.
EL MARQUÉS	TAMAYO.
CAPITÁN	RAMÍREZ.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO

Gabinete lujosamente amueblado. Dos puertas en el foro, y otras dos laterales derecha é izquierda. A la derecha, primer término, una chimenea. Sobre esta dos caballetes, uno de ellos sin retrato.

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS y BARÓN

BAR. Es indudable, Marqués;
no hay mujer que más entienda
de estas cosas que su esposa...
MAR. Gracias, Barón.
BAR. ¡Brava fiesta!
MAR. Ella lo dispuso todo.
BAR. Pues todo es bien digno de ella.
Sólo hay un mal...
MAR. Diga usted.
BAR. Que al terminarse, nos cierran
ustedes, á piedra y lodo,
sus salones hasta fecha
muy lejana... ¡Un año entero!
MAR. Son ya costumbres añejas
en nosotros; solamente
su santo aquí se celebra,
porque lo quiero yo así.
BAR. ¿Y acaso no la marquesa?
MAR. ¿Mi mujer?... Algunos años
se ha opuesto; no le recrea,

607158

según dice, este ruidoso
movimiento; esta colmena,
como la llama, de gentes
que hablan, bullen, bailan, juegan
y murmuran; pero yo
siempre estoy fijo en mi idea:
al mundo lo que es del mundo.

BAR. Y al Cesar lo que es del César.
Perfectamente...

MAR. No siendo
en este punto, se aprueba
en todo su voluntad.

BAR. Es muy justo.

MAR. Ella me alegra
con su ternura los días
que me faltan de existencia,
y yo, es natural, procuro
hacer más leve la pena
averiguando deseos
que, á veces, sus labios niegan,
y, complacidos, quedamos
yo alegre y ella contenta.
Tal es nuestra vida.

BAR. El *summum*
de...

MAR. De la dicha doméstica,
aunque hay entre el uno y otro
veinte años de diferencia.

BAR. ¿Veinte?...

MAR. Ni uno menos; hoy
cumple Mercedes cuarenta,
y yo muy pronto... pues dije
los suyos, los ve cualquiera,
si antes no los ve en las canas
que coronan mi cabeza...
Conque, si á usted le parece,
dejémonos de echar cuentas
que entristecen, y pasemos
al salón...

BAR. Como usted quiera.
Aunque nos cortan el paso
dos deidades que se acercan,
como decían aquellos
galanes de edad ya muerta,

defensores de las damas
y obligados en comedias.
MAR. Su esposa de usté y la mía...
¡Paso franco á la belleza!

ESCENA II

DICHOS, MERCEDES, ADRIANA, por la puerta izquierda, foro

MER. ¡Que cortés recibimiento!
BAR. Cortesía que demuestra
lo que admiran los que salen
el valor de las que llegan.
MER. Y que llegan bien cansadas
de ese ruido, y que desean
un sillón en que sentarse, (Lo hace.)
una luna limpia y tersa
con quien consultar arreglos
de destrozos que lamentan,
y una atmósfera más pura
que la atmósfera que dejan.
Esto es prosa, y prosa vil;
que me perdone el poeta
de mi salón, el que tiene
tanto fuego en la cabeza,
tanta ternura en los ojos,
y tanta frase en la lengua...
BAR. Ya queda usted perdonada...
(Acercándose á ella y en voz baja.)
Deseo hablarla, Marquesa...
MER. Acercáos. (Al Marqués y á Adriana.)
El Barón
quiere hablar...
BAR. (Confuso.) Pero...
MER. ¡Bah! Fuera
gran injusticia privarles
de su admirable elocuencia.
MAR. Y... ¿qué es ello?
BAR. Nada... que..
puesto que usted lo desea,
vamos al salón...
MAR. Por mí...
andando...

MER. No se detengan.
BAR. (¡Siempre la burla!) Marqués...
MAR. Aprovechemos la fiesta.
(Vanse por la puerta de la izquierda foro.)

ESCENA III

MERCEDES, ADRIANA

ADRI. ¡Gracias á Dios que se han ido!...
MER. Pues ahora, punto por punto
entérame de ese asunto
que ha de ignorar tu marido...
ADRI. Veremos á ver si puedo
dar fijeza á mis ideas,
porque, Mercedes, no creas...
¡casi estoy muerta de miedo!
MER. ¿De miedo?... ¿Por qué razón?...
Tu tranquilidad recobra...
ADRI. ¿Razón dices?... La hay de sobra,
¡si vieras qué situación
la mía!
MER. Mas, ¿qué sucede?...
ADRI. ¡Te asombrará!
MER. Aunque me asombre,
dilo...
ADRI. Escucha... (Con misterio.)
Existe un hombre
que comprometerme puede...
MER. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Cuánto misterio!
¡Y qué bomba de final!
ADRI. ¿Te ríes!...
MER. Claro...
ADRI. Haces mal;
el lance es serio... muy serio.
MER. No tanto como supones,
de fijo...
ADRI. ¿Que no?... ¡ahí es nada!
MER. ¡Cuándo te verás curada
de tus necias aprensiones!...
Todo te causa pavor;

toda sencillez abultas,
y siempre, Adriana, resultas
con tan supremo candor,
que al mirar lo que padeces
por razones tan livianas,
te juro que me entran ganas
de pegarte algunas veces.

ADRI. En esta ocasión protesto;
no sabes lo que me apena...

MER. Pero sé que eres muy buena;
me basta sólo con esto...

ADRI. Pues ya te convencerás,
y muy prpnto... Mira allí.
(Señalando á la chimenea.)
¿No te falta nada?

MER. Sí;
tu retrato; ya lo sé...
Advertírtelo pensaba...
Mas... ¿ahora, amiga, á qué viene?...

ADRI. Es que yo sé quién le tiene...

MER. ¿Que tú lo sabes?... Acaba...
Al notar la falta ayer,
que algún criado, he pensado,
por descuido...

ADRI. No es criado
al que se le ví coger...

MER. ¿Que tú le viste?... Esto pasa
de natural... ¿Quién ha sido
el ladrón?..

ADRI. Un atrevido
que viene mucho á tu casa;
un hombre del que no sé
cómo librarme; un porfiado
que, acercándose á mi lado
en seguida que me ve,
no me deja respirar,
siempre terco en su manía,
y uno, en fin, amiga mía,
á quien no puedo aguantar...

MER. Un capitán de ingenieros...
Oliva...

ADRI. Sí...

MER. Un importuno,
que forma el número uno

entre nuestros majaderos...
Le conozco bien, Adriana;
conmigo está muy galante,
pues adora el petulante
el santo por la peana;
y como te quiero tanto
y él lo sabe, pensará
que si yo le ayudo, irá
hasta el corazón del santo.
¿Y dices que tú le viste
coger de allí?... ¡Atrevimiento
singular!...

ADRI. En un momento
en que la espalda volviste;
mirándome fijamente,
con un descaro inaudito,
y diciéndome bajito
no sé qué frase imprudente...
Quise hablar; porque ya ves
que la cosa era extremada,
mas no pude decir nada
por impedirlo el Marqués,
que entraba en la habitación,
y el otro á muy poco rato
se marchó con el retrato
muy contento y...

MER. Muy ladrón.

ADRI. Y estoy casi sin reposo
por gracia de un aturdido...
¡Si lo sabe mi marido!
¡El... tan bueno!...

MER. (¡Muy hermoso!)

ADRI. ¿Quién hay que en asunto tal
el resultado no alcance?
Yo lo veo claro; un lance
de terminación fatal.
Estas cosas me disgustan
y me confunden de un modo
singular... y sobre todo,
estos finales me asustan;
y es preciso que resuelva
algo, y resuelva con prisa...

MER. Ahora lo que más precisa
es que el retrato devuelva...

Y que le devuelva haré
esta noche... ¿No está aquí
Oliva?...

ADRI. Creo que sí...

MER. Pues, yo se le pediré...

ADRI. ¿Tú?

MER. Claro está... ¿Por qué no?
Y de recobrarle trato,
porque aunque es tuyo el retrato,
la robada he sido yo.
Vuelva á mí, y en cuanto á él,
le daré la voz de alerta
para que deje á mi puerta
los resabios de cuartel.

ADRI. ¿Pero, si acaso tu enojo
le irrita?

MER. Pues que le irrite;
es su humillación desquite
que tomamos de su arrojo.

ADRI. Todo á tu juicio lo dejo.

MER. Es la mejor solución;
y escucha, por conclusión,
querida Adriana, un consejo.
Frente á frente de un Tenorio
que nos quiera aprisionar,
el ser cobarde, es pasar
las penas del purgatorio;
pues, creyendo que fascina
y que vence en la batalla,
vé en el pudor que se calla
una virtud que termina.
El hogar dulce y sagrado
es á manera de un nido,
por algunos bendecido,
y por muchos envidiado.
Los primeros se recrean
en mirarle como objeto
de cariño y de respeto;
los segundos le apedrean...
A malignas intenciones,
fosca cara y golpe duro;
esto siempre es más seguro
que necias contemplaciones.
Y esto quiero, y esto trato,

y esto es preciso hacer hoy
con ese... tonto... á quien voy
á pedirle tu retrato.
(Vase por la puerta izquierda foro.)

ESCENA IV

ADRIANA

¡Quiera Dios que lo consiga,
y el otro no se desmande!...
Yo tengo un miedo tan grande
como el valor de mi amiga...
¡Cuidado que es atrevido!
¡Mire usted que suponer
que yo pudiera querer
á otro hombre que á mi marido!...
No sabe ese caballero
que yo no paso por todo...
y que ¡cuando me incomodo!...
Bueno; no haré nada... pero...
pero, yo soy muy formal,
y no como otras esposas
á quienes les gustan cosas
que me parecen muy mal. (Pausa.)
¡Jesús!... estoy en un potro...
¿Querrá el otro devolver?...
¡Ah! .. ¡Si yo pudiera ver
la cara que pone el otro!...
(Mira hacia la puerta de la izquierda foro.)
Pero, vienen hacia aquí
los dos... La ocasión pintada
para oirles... Nada... nada;
me atrevo... ¿Mas dónde?... ¡Ah, sí!
(Se esconde tras la puerta lateral de la izquierda.)

ESCENA V

MERCEDES y el CAPITAN

CAP. ¿Le parece á usted que hablemos?
Aquí oirnos no podrán...
(Hace un ligero movimiento para separarse de Mercedes.)

MER. (Aferrándose más á su brazo.)
Espere usted, Capitán...
Avancemos.
CAP. Avancemos.
Mas, no comprendo su idea.
MER. Es una idea muy rara...
Sólo falta un paso para
llegar á la chimenea...
CAP. ¡Ah!... ¿y qué objeto?... (Con recelo.)
MER. Conque, vamos.
No suelte usted, no es galante...
CAP. Pero, marquesa...
MER. Adelante...
(Llegan al fin á la chimenea.)
Vé usted, Capitán, ya estamos.
CAP. (Veremos lo que resulta.
Casi adivino...) Señora,
puedo ahora saber!...
MER. (Sentándose junto á la chimenea, é invitando al Capitán á que haga lo mismo, como lo hace.)
Ahora,
voy á hacerle una consulta.
CAP. Responderé de buen grado,
si es posible.
MER. Sí, señor. (Mirándole fijamente.)
¿Qué entiende usted por valor,
tratándose de un soldado?
Conteste sin vacilar;
esta respuesta, de prisa,
porque en cuestión tan precisa
ninguno debe dudar.
CAP. Marquesa...
MER. ¿No la halla usté?
CAP. (¡Pues es flojo el compromiso!)
MER. ¿Acaso será preciso
que me explique más?... Lo haré.
El que á conquistar aspire
lauros que ciñan su frente,
y por su valor la gente
le victorée y admire,
en el campo de batalla,
unido al deber estrecho,
debe presentar el pecho
á los cascos de metralla.

No sentirse nunca falto
de aliento y de corazón
ni en la boca del cañón
ni en la angustia del asalto;
y con la espada apretada
en el invencible puño,
ni dolerse del rasguño,
ni soltar nunca la espada...
Ser, en fin, un huracán
que arrolle á todo enemigo...
¿No es verdad lo que le digo?
Responda usted, Capitán.

CAP. ¡Marquesa!...

MER. Fama, y no corta,
que le darán de buen grado,
ha de alcanzar el soldado
que de este modo se porta;
quien á su deber es fiel,
justo es que el premio reciba,
y que orle su frente altiva
con coronas de laurel...
Pague el aplauso el afán
del que á su patria defiende
con valor... ¿Usted me entiende?
¿Me equivoco, Capitán?

CAP. Pero...

MER. Pero, si al contrario,
en la guerra se acobarda,
y toda su furia guarda
para un inerme adversario;
y, pretendiendo subir
donde no puede llegar,
empieza por afrentar
lo que quiere conseguir;
ó por un pueril empeño
que casi raya en quimera...
roba un objeto cualquiera
cuando no le ve su dueño,
sus acciones mancharán
de seguro el uniforme.

CAP. Pero...

MER. ¿No está usted conforme?
¿Me equivoco, Capitán?

CAP. ¡Marquesa!

MER. Tan torpe anhelo
nunca hasta la gloria eleva,
pues generalmente lleva...
CAP. ¿Dónde?...
MER. A la carcel Modelo...
CAP. ¿Qué dice usted?
MER. Que esta acción
malos instintos pregona...
¡que no merecen corona!...
¡merecen un capuchón!
¿No es verdad?
CAP. ¡Usted me insulta!
MER. En mis palabras no hay dolo...
¡Si yo me propongo sólo
hacerle á usté una consulta!
CAP. Está usted equivocada
si piensa...
MER. No es mi deseo
ofenderle... ¡si yo creo
que nunca ha robado nada!
¿Pensar yo?... ¡qué atrocidad!
CAP. ¡Esto es afrenta, señora! (Levantándose.)
MER. No busque usté el sable ahora,
porque no hay necesidad...
CAP. ¡Usted pretende sin duda
desesperarme!
MER. ¿Yo á usté?...
Y, vamos á ver, ¿por qué
se imagina que le aluda?
CAP. Concluyamos...
MER. El final
es sencillo; no le inquiete:
¿verdad que ese caballete
(Señalando al que estará sobre la chimenea.)
sin retrato hace muy mal?
CAP. No le digo á usted que no.
MER. Pues bien; si no le importuno,
¿por qué no me busca usté uno?
Búsqueme uno, y traigalo...
CAP. ¿Quién lo pide?
MER. ¿De lo dicho
no lo deduce? ¿Aún no cede?
Pues bien; lo pide quien puede
y no se inclina á un capricho.

Si usted es terco, soy terca,
y espero dentro de un rato
recobrar ese retrato...
La casa de usté está cerca.
Ya sabe usted lo que quiero,
con que, piense en calma ahora
si al pedir una señora
niega nunca un caballero.

CAP. Perdón... mas...

MER. Vaya usted, pues...

CAP. Yo lamento....

MER. Y vuelva pronto
con el retrato.

CAP. (Hice el tonto...)
Señora... estoy á sus pies.
(Vase por la puerta lateral de la derecha.)

ESCENA VI

MERCEDES y ADRIANA

ADRI. (Saliendo de su escondite.)
¡Bien! ¡Muy bien! ¡Buena lección!

MER. ¡Cómo! ¿Escuchabas?

ADRI. Confieso
mi culpa, pero no pude
resistir á mis deseos.
Dura estuviste...

MER. Era justo.

ADRI. ¿Traerá el retrato?

MER. Le espero
dentro de poco.

ADRI. Respiro...
Pero, chica, ¡qué talento
tienes!

MER. Ninguno, inocente;
voluntad es lo que tengo.

ADRI. A ese le cayó la piedra
en las narices.

MER. El premio
de sus malas intenciones;
ya no ha de aburrirte...

ADRI. Creo
lo mismo...

MER. (Señalando al foro.) Vamos allá,
no noten...
ADRI. Vamos.
(Cuando se disponen á salir, aparecen el Marqués y el Barón por la puerta izquierda foro.)

ESCENA VII

DICHAS, el MARQUÉS, el BARÓN

MAR. A tiempo
llegamos; el rigodón
va á empezar; aunque soy viejo,
ni me zozobran las piernas,
ni las chanzonetas temo.
¿Quiere usted bailar, Adriana?
ADRI. ¡Pues, no he de querer! Bailemos...
¿Tiene usted bis?
MAR. La pareja
más gentil; dos muchachos
que se miran con rubor
y se hablan casi con miedo ..
ADRI. ¿Nóvios acaso?
MAR. Lo intentan
y los escogí por eso...
á ver si el hielo se rompe
cuando se muevan los cuerpos.
Conque, si usted quiere...
ADRI. Sí.
(Tomando el brazo que el Marqués la ofrece.)
MAR. Ya preludian.
ADRI. Pues marchemos.
(Vanse por la puerta izquierda foro.)

ESCENA VIII

MERCEDES, el BARÓN (Durante toda esta escena se oirá la música lejana, de forma que no dificulte oir á los actores.)

BAR. ¿Y usted no baila?
MER. Ya ve
que ahora no. ¿Y usted, barón?
(Acercándose al espejo para arreglar su tocado.)
BAR. No me gusta el rigodón.

MER. ¿Qué baile le agrada á usted?
BAR. A mí el vals... En el vals veo
una cosa celestial...
(Acercándose mucho á Mercedes.)
¿La marea á usted?
MER. No tal,
barón; nunca me mareo.
Miento... porque alguna vez
me trastorno...
BAR. (Acercándose aún más. Mercedes se separa.)
¿Y cuándo?
MER. Cuando
alguno que me esté hablando
hace alguna estupidez.
BAR. ¡Usted siempre tan bromista!
MER. ¡Que quiere usted! ¡Soy así!
BAR. ¡Y tan bella!
MER. ¿También?
BAR. Sí;
no hay corazón que resista
de su límpida mirada
el supremo resplandor...
(A Mercedes se le cae una flor de su prendido; el el Barón la recoge y se la ofrece.)
MER. No se moleste; esa flor,
amigo mío, está ajada.
¿Decía usted?
BAR. ¿No lo sabe?
¡Tantas veces se lo dije!
que su desprecio me aflige,
que me muero si...
MER. (Con sorna.) Eso es grave...
BAR. Que el corazón sus latidos
dá por usted, que es un potro
mi situación.
MER. (¡Este es otro
apedreador de nidos!)
BAR. Vamos, marquesa, me hiere
su silencio; diga usté
algo... Yo quiero...
MER. Si sé
de sobra lo que usted quiere...
BAR. ¿Es usted dichosa?
MER. ¿Yo?

Bar. Respóndame.
Mer. ¡Buena es esa!
¡No he de serlo!
Bar. Yo, marquesa,
creo que no.
Mer. ¿Conque, no?
Bar. Nada, en mi opinión no cejo;
no puede hallarse dichosa
una mujer tan hermosa
unida á un hombre tan viejo.
Se rechazan las edades...
Mer. ¡Pensamientos bien extraños!
Si yo no cuento por años;
yo cuento por necedades...
Miro por este cristal
todas las cosas, y á quien
es sabio le encuentro bien...
al que es necio le hallo mal.
Habiendo paz y virtud
estas se llevan la palma,
que la hermosura del alma
es la mejor juventud
Supongo habrá comprendido
mi extraña predilección .
Conque... Siga usted, Barón,
criticando á mi marido.
Bar. No debe usted extrañarse,
si le ofendí... Voy sin freno
tras una ilusión, y...
Mer. Bueno;
pues, debe usted *enfrenarse.*
Bar. Cuando un corazón adora
no olvida nunca su amor.
Mer. ¿Quiere usté hacerme el favor
de irse... con su señora?
Bar. No extrañe mi resistencia
á su mandato, porque
entre mi mujer y usté
¡es tanta la diferencia!
Mer. ¿No es hermosa?
Bar. No lo niego.
Mer. ¿No es buena?
Bar. A la vista salta.
Mer. ¿Pues, qué le falta?

BAR. Le falta
valor, entusiasmo, fuego...
A mi voluntad se humilla
y á mis caprichos se ajusta;
francamente, me disgusta
por demasiado sencilla.
Es un ser que no discurre
sin pedirme antes permiso...
y esto, será un paraiso,
pero, marquesa, me aburre.
MER. De ese extraordinario afán
que al desatino le lleva,
no tiene la culpa Eva...
BAR. ¿Quién, entonces?
MER. (Levántándose.) El Adán.
BAR. ¿Se va usted?
MER. Ya el rigodón
va á terminar... y yo siento
dejarle, más...
BAR. Un momento...
MER. Me es imposible, Barón.
(Vase por la puerta izquierda foro.)

ESCENA IX

BARÓN

Nada. Pues yo no la creo...
Es muy bella esta mujer,
y su esposo... ¿Por ventura
será lo que sospeché?...
Ese Capitán la mira
de una manera que... ¡Pues!
Las mujeres son taimadas
é hipócritas, y muy bien
pudiera... Y vamos ¿si no,
por qué no se aparta él
de su lado? Nadie ha dicho...
¿Pero esto qué importa? Es
natural que ellos procuren
ocultar... Observaré
con atención; tengo celos,
y es preciso esclarecer

estas dudas; si resultan
verdades, me vengaré
de su desprecio. ¡Ah! Entonces,
¡seré cruel... muy cruel!
(Vase por la puerta derecha, foro.)

ESCENA X

CAPITÁN, por la puerta izquierda, foro

Ya me ha visto; me ha indicado
que espere aquí; esperaré.
¡Qué humillación! La aventura
perdida... ¡cómo ha de ser!
¡Y yo, que al verla casada
con un viejo, sospeché
que en lances como el presente
se tomaría interés!...
Y se le tomó, ¡eso sí!
¿Quién se niega á obedecer
cuando mandan como manda?
¿Y he de sufrir otra vez
que se mofe? No es preciso.
¿Quiere el retrato? Pues bien;
le coloco donde estaba,
y me retiró después.
(Saca un sobre que contiene el retrato, y se acerca á la chimenea.)

ESCENA XI

CAPITÁN, MERCEDES

MER. Capitán...
CAP. (Sobresaltado.) No iba á quitar
nada, no se crea usted,
sino á dejar el retrato
en su sitio.
MER. Ya lo sé.
Ha cumplido como bueno.
CAP. Muchas gracias.
MER. Conque, á ver...

¿Me le da usted? Allí había
tanta gente, y yo porque
nadie advirtiere...

CAP. Está claro;
¿quién duda que hizo usted bien?

MER. Conque... no perdamos tiempo...

CAP. No; no hay tiempo que perder.
Mas... ¡cuesta tanto, señora,
desprenderse!...

MER. ¡Cómo! ¿Qué?

CAP. De una joya tan preciada...
En fin, pues lo exige usted,
tome.

(Le da el sobre que contiene el retrato. En este momento aparece el Barón por la puerta de la derecha, foro, y se detiene observándoles.)

MER. Gracias, Capitán,
gracias.

ESCENA XII

DICHOS, el BARÓN, desde la puerta derecha, foro

BAR. (Le ha dado un papel.
¡Alguna carta!)

MER. (Al Capitán.) ¿Tan pronto?

BAR. ¡Por esto sin duda fué
por lo que dejó el salón,
para venir otra vez
á este sitio!... ¡Cuando digo!...)

MER. (Al Capitán.)
Como usted guste.

CAP. Adiós, pues.

(Vase por la puerta lateral derecha.)

ESCENA XIII

MERCEDES, el BARÓN, que se acerca á Mercedes poco á poco

BAR. ¿Abandona usté el salón
y á sus amigos, señora?

MER. (Procurando ocultar el retrato.)
¡Ah! ¿Es usted? Pues iba ahora.

BAR. (Le oculta.)
MER. (Le ha visto.)
BAR. (Alto, señalando al sobre.) ¿Son
versos quizás? En el día
de su santo, bien pudiera
suceder que alguien pidiera
auxilio á la poesía.
Que siendo la dama hermosa
y la admiración sin tasa,
sólo con la rima pasa
lo que es algo burdo en prosa.
¿Me he equivocado tal vez?
MER. No tal; la verdad es esa.
BAR. Y... ¿están bien hechos, marquesa?
Leamos, yo seré el juez.
Ya conocerlos deseo.
MER. ¿Es usted inteligente?
BAR. Entiendo perfectamente
de estas cosas... ¡ya lo creo!
(Alarga la mano para coger el sobre; que Mercedes retira.)
MER. Acaso fuera un error;
si son malos no es cortés
la burla.
BAR. Mucho interés
demuestra por el autor.
MER. Siempre el poeta le inspira;
pues con gallardos empeños
da realidad á unos sueños
que acompaña con su lira;
y, aunque soy de condición
un poco ruda, me encanta
el poeta cuando canta
las ansias del corazón;
y aplaudo su afán profundo,
porque, al remontar el vuelo,
mira frente á frente un cielo
que no mira todo el mundo.
BAR. ¿Y ahí acaso?...
MER. ¡Qué se yo!
Pero es posible que sea
lo que dije y usted vea
lo que nunca imaginó. (Con intención.)
BAR. Marquesa, nunca creí

que ese vate tan genial
fuese...

MER. Pues pensó usted mal.

BAR. ¿Por qué?

MER. ¿Le conoce?

BAR. Sí.

MER. ¡Cómo!

BAR. Y supongo extremada
esa admiración que inspira;
porque mejor que la lira
debe manejar la espada.

MER. ¿Vió usted?...

BAR. La casualidad
conocer me hizo al poeta
que sus delirios completa
con algo de realidad.
Y ahora sólo falta, pues,
que con razón le admiremos,
y leamos... y lo haremos
con ayuda del Marqués.
(Señalando á éste que entrará por la puerta de la izquierda, foro.)

ESCENA XIV

DICHOS, el MARQUÉS

BAR. (¡Pues tanto me hace sufrir
es el medio más sencillo
de vengarme!)

MER. (¡Vaya un pillo!
¡pero se va á divertir!)

MAR. ¿Se trata?

BAR. Pues de escuchar
una hermosa poesía
y dar su opinión.

MAR. ¿La mía?...
¿qué les puede interesar?
Yo soy muy poco entendido.

BAR. Ya peca usted de modesto;
sólo hace falta para esto
un poco de buen sentido.

MAR. ¿Quién los hizo?

BAR. No lo sé...

¿Supongo vendrán firmados? (A Mercedes.)

MAR. Y... ¿á quién están dedicados?

BAR. A su señora de usté.
El ser hoy su santo obliga.

MAR. Vamos; alguno que implora
su caridad.

BAR. Su señora
nos dirá lo que mendiga.

MAR. ¿Usted no sabe?...

BAR. ¿Si es pobre?...
No; mas saberlo deseo:
sólo he visto, lo que veo
en este momento; el sobre.

MAR. Pues entonces...

BAR. Justo; pronto...
Mi curiosidad arrecia.
(¡A ver si ahora me desprecia!)

MER. (¡Pero cuidado que es tonto!
¡Rematado!)

BAR. (Que se asuste,
y que me tema á lo menos!)

MAR. Veamos, pues, si son buenos.

BAR. Marquesa, cuando usted guste...

MER. Yo leo tan mal, Barón,
que perderán su interés...

BAR. Pues entonces... el Marqués.

MER. (¡Tonto, con mala intención!)

BAR. Con que... (Á Mercedes.)

MER. (Tú lo has querido,
y la has de pagar.) Corriente;
por mí no hay inconveniente
que los lea mi marido.

MAR. Vengan... (Mercedes finge vacilar.)

MER. Sí...

BAR. (Palideció...
Bien el motivo se alcanza.
¡Qué hermosa es una venganza
como esta que tomo yo!)
(Mercedes entrega al Marqués el sobre que contiene el retrato.)

MAR. Mucho pesa...
(Saca el retrato. Mercedes se coloca de forma que el Barón no pueda verlo.)
¿Pero qué?...

MER. (Lo que es el lance promete.)
MAR. Dásele al Barón, y vete. (Rápidamente.)
Luego te lo explicaré
todo.
BAR. ¿Interesa, Marquesa?
MER. ¿Es interesante? (Al Marqués.)
MAR. Sí.
Pero á usted, de los de aquí,
es á quien más interesa.
(Mete el retrato en el sobre y se lo da al Barón, retirándose por la puerta de la izquierda foro.)

ESCENA XV

MERCEDES, el BARÓN

BAR. ¡A mí!... ¿cómo puede ser?
MER. (Castigo de un insensato.)
BAR. Pero, ¿qué es esto? ¡Un retrato!
¡Santo cielo! ¡Mi mujer!
MER. Adriana... ¿qué hay que le asombre?
¿no la encuentra parecida?...
BAR. Dígame usted en seguida
por qué se le dió ese hombre;
porque estaba en su poder,
yo lo he visto desde allí...
¿Entiende?
MER. Claro que sí...
Pero... ¡vaya usté á saber!
BAR. ¡Ah!... ¡Ya mi paciencia es harta!
MER. Pues, hijo, un error ha sido,
el retrato he recibido
creyendo que era una carta.
BAR. ¿Pero cómo el Capitán?...
MER. Eso ya no es cuenta mía;
¡tal vez Eva se aburría
de ver aburrirse á Adán!
Yo de manera bien clara
lo prometido cumplí...
¿Poesía no ofrecí?
Pues mire usted esa cara.
¿Acaso no la halla bella?
¿No le entusiasma quizás?...

Pues, Barón, en lo demás
entiéndase usted con ella.
Esto se impone por justo,
y la justicia es mi ley...
Ni quito ni pongo rey.
(¡Pero te doy un disgusto!)

BAR. ¡No! ¡No es posible que quepa
en ella tanta maldad!
Señora, ¡por caridad!
dígame usted lo que sepa...
¡Pronto!... ¿Mi mujer?...

MER. Se humilla,
lo dijo usté, á sus antojos,
y casi le causa enojos
una mujer tan sencilla.
Tiene usted razón; no niego
lo que ya á la vista salta;
es una infeliz; le falta
valor, entusiasmo... fuego...

BAR. ¿Pero qué dice usted?... ¿Qué
significa?...

MER. Que es notoria
la verdad que hay en la historia
que voy á contarle á usté.
Será muy breve... Un gorrión
con su pájara vivía
en un nido que excedía
á toda ponderación
por lo limpio y arreglado;
no debió el gorrión pensar
jamás en abandonar
aquel delicioso estado.
Mas, viendo otro nido enfrente,
sintió el pobre el cosquilleo
de un deseo, y el deseo
creció en él tan tenazmente,
que, llegando al desvarío,
de su morada salió
y á la vecina llegó
entonando un *pío, pío*.
Vióse sola la gorriona,
y ante semejante acción,
pensó, claro, que el gorrión
era una mala persona;

y tras de profundo duelo
por tan manifiesto agravio,
se dijo:—¡Bah! ¡Lo más sabio
será que busque consuelo!—
Que es muy santa la virtud,
mas como en la calma nace,
casi siempre se deshace
si choca en la ingratitud.
Pensando, al ver despreciados
afectos tan bien sentidos,
que están muy tristes los nidos
que quedan abandonados.
Lo que hizo... no lo sé yo;
mas el gorrión, al querer
arrepentido volver
al nido que abandonó,
(después de ser arrojado
del que intentó conquistar),
hallóse que su lugar
también estaba ocupado.
Perdió, pues, su alojamiento,
sufrió el huracán y el frío,
y... ahora entona un *pío, pío*,
que sólo lo escucha el viento. (Mutis.)

ESCENA XVI

El BARÓN

¿Y se va sin explicarme?...
y yo quiero... ¿cómo no?
Es necesario que salga
la duda del corazón.
¿Por qué estaba su retrato
en poder?... ¡Válgame Dios!
que las mujeres son todas
lo mismo... ¿Pero qué estoy
diciendo?... Adriana no puede...
¿Pero no he podido yo
y ella ignora?... ¡Pero un hombre!
¡Pero una mujer!... ¡Qué atroz
sospecha! nada; no dejo
la cosa en tal situación...

al Capitán he de hablar
esta misma noche... Voy...
(Aparece Adriana por la puerta izquierda foro.)
¡Ella! Pues ella primero
me dirá lo que pasó...

ESCENA XVII

EL BARÓN, ADRIANA

BAR. ¡Señora, venga usté aquí!
ADRI. ¡Ay, que me llama de usted!
BAR. ¿Va usted á hablar?
ADRI. Hablaré.
BAR. ¿Y dirá la verdad?
ADRI. Sí.
¿Pero á qué viene ese afán?
Si me parece mentira
que conmigo... Vamos...
BAR. (Mostrándole el retrato.) ¡Mira!
ADRI. ¡Mi retrato!
BAR. El Capitán
le tenía.
ADRI. ¿Acaso él
te le dió? Responde... acaba...
BAR. ¿Conque lo que yo pensaba
era cierto?... ¿Qué cruel
aparece la verdad
ante mis ojos ahora!
ADRI. Pero...
BAR. ¡Señora, señora!
¡No me pida usted piedad!
ADRI. ¿Yo, piedad?
BAR. La justa pena
su falsía ha de tener.
¿Pero es esta la mujer
que yo soñaba tan buena?
ADRI. ¡Si la culpa no fué mía!
¡Si es un infame!
BAR. ¡Los dos
lo son ustedes!...
ADRI. ¡Por Dios,
Arturo!

BAR. ¡Y yo la tenía
por un alma sin doblez!
¡Y yo tanto la he querido!
Mas, ya no es así; ¡el marido
termina y comienza el juez!
ADRI. ¿Que ya no me quieres? (Gimoteando.)
BAR. ¡No!
ADRI. ¿Que esperas vengarte?
BAR. ¡Sí!
ADRI. ¿Y de mí?
BAR. Claro; de tí,
porque lo mereces.
ADRI. ¡Yo!...
¡Si estas loco!... ¡si no sabes!...
BAR. Con lo que sé ya es sobrado.
ADRI. Si ha pasado...
BAR. Sí, han pasado
cosas muy graves... ¡muy graves!
¡Burlarle así de mi aprecio!
¡Mentirme tan sin conciencia!

ESCENA XVIII

DICHOS y MERCEDES, esta última llegará á tiempo de escuchar las últimas palabras del Barón

MER. (Ya cumplió usted su sentencia. (Al Barón.)
¡Necio! ¡necio! ¡necio! ¡necio!)
No corran por tus mejillas (Á Adriana.)
lágrimas tan sin razón.
ADRI. ¿Le oyes, Mercedes?
MER. Barón,
póngase usted de rodillas.
BAR. ¿Puede usted creer de mí?
¡Delira!...
MER. No es desvarío,
ese retrato era mío;
me lo robaron de allí. (Señalando al caballete.)
¿Duda?... lo puedo probar,
sólo á un fátuo compromete...
Mire uste ese caballete
en donde debía estar.
BAR. ¿Cómo?... ¿qué?

ADRI. Clara es la cosa.
MER. Es usted un insensato;
yo le exigí ese retrato
por mandato de su esposa,
y al devolverle...
BAR. ¡Pues voy,
y á ése Capitán...
MER. (Aparte al Barón.) Amigo,
si escandaliza la digo
lo que es usted.
BAR. ¡Lo que soy!
MER. El asunto ha de quedar
en tal situación.
BAR. ¿De modo?...
MER. Que ó calla, ó lo digo todo...
conque... á callar... á callar.
BAR. ¡Pero la infamia es notoria!
MER. ¿Se empeña usted?... Hablaré...
BAR. ¡No! Callo...
MER. Recuerde usté
que le he contado una historia.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, el MARQUÉS

MAR. La gente está disgustada
por su ausencia... ¿Vienen?...
MER. Sí.
MAR. Pero, ¿qué ha pasado aquí?
(Aparte á Mercedes.)
MER. Pues, al fin de todo, nada.
MAR. ¿Vamos?...
(Se encoge de hombros y ofrece el brazo á Adriana.)
ADRI. Vamos...
MER. Al salón...
(El Barón ofrece el brazo á Mercedes.)
BAR. Marquesa...
MER. Acepto...
BAR. Me ha dado
(Aparte a la Marquesa y dirigiendose hacia la puerta de la izquierda foro, por la que ya se van el Marqués y Adriana.)
una lección...

Mer. ¿Y ha pensado
si era justa la lección?
Bar. Quizás mereció mi intento...
Mer. Que llevara usté un mal rato.
Bar. Yo creía que el retrato...
Mer. ¡El cuento, Barón, el cuento!

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administracion.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.